

TERESA NEUMANN

MIS EXPERIENCIAS EN KONNERSREUTH ☆

El autor tiene el honor de dedicar esta obra al R. P. Enrique B. Pita, S. I. Innsbruck, Julio de 1947.

Tener el valor necesario para formarse una opinión propia, éste es el sentido del epígrafe que encabeza las presentes líneas. En nuestro caso implica la obligación de expresar su propia opinión, por más que ésta difiera fundamentalmente de los prejuicios de la medicina clásica; pues hay situaciones en que el silencio no es una virtud sino una falta.

El juicio emitido sobre Teresa Neumann de Konnersreuth en el año de 1927 por el Dr. G. Ewald, profesor y director de la clínica psiconeurológica en Goettingen, es aceptado en los círculos de la facultad hasta el día de hoy como dogma indiscutible: *Histeria*.

Comprobaron la falsedad de este diagnóstico las observaciones que tuve ocasión de hacer yo mismo en Konnersreuth, los días 12 y 13 de octubre de 1944. El haber sido alumno de la clínica "Charcot" —la clínica neurológica de la Salpêtrière en París— me permitió juzgar precisamente este caso, ya que, como es sabido, era éste el Instituto en cuyos gabinetes se efectuaban las célebres investigaciones sobre la histeria.

Aquel juicio es menos extraño para quien conozca la historia de su origen: el Dr. Ewald presenciando los acontecimientos conmovedores de Konnersreuth, queda profundamente impresionado. Con el transcurso del tiempo su conmoción disminuye. Añádense a eso la influencia de los que entonces eran sus superiores y la consideración que le imponía el porvenir de su carrera, en la época de una medicina de orientación materialista; el resultado final se resume en la palabra "Histeria".

* Traducción del original alemán en el "Benedictus Bote", Enero, Febrero de 1947, tomo XVII, cuaderno 1º y 2º.

Aun si fuera posible comprobar semejante diagnóstico, no se lograría con eso otra cosa que substituir una incógnita por otra, prescindiendo de que el uso del término *histeria* requiere tanta mayor cautela, cuanto más despreciativo sea el significado que suele atribuírle el lenguaje común.

Las experiencias verificadas en conferencias que se han dado acerca de Konnersreuth, pero sobre todo los errores que durante las mismas manifestaba el auditorio, aconsejan a todas luces revisar la posición que ha tomado la ciencia médica.

Conviene recordar que debido a los trastornos europeos de los últimos decenios, se formaron grandes centros de investigación científica también en otros continentes. El autor de estas líneas tuvo la dicha de poder cursar la mayor parte de sus estudios en el extranjero, y le parece una coincidencia providencial el que aquellos años de aprendizaje no transcurrieran con solos estudios neurológicos, sino que los haya podido emplear al mismo tiempo, sobre todo en ultramar, en un intenso ejercicio de cirugía cerebral. Decimos esto, por más que, en frase de Goethe, son pocos los que, dotados de capacidad teórica, sean al mismo tiempo aptos para la acción; pues la actitud especulativa amplía los horizontes, pero embaraza la acción, en tanto que ésta, siendo de suyo un estímulo, limita por otra parte las posibilidades de un profundo estudio teórico. Como quiera que esto sea, las presentes líneas, lejos de toda especulación estéril, no pretenden ser más que un simple y auténtico relato en forma de memorial, escrito a los pocos días de mi regreso de Konnersreuth a mi Hospital Militar, en medio del fragor de la guerra en el Este.

Mi visita en Konnersreuth el 12 y 13 de Octubre de 1944

Después de un viaje de 21 horas bajo condiciones de guerra, es decir, con retrasos, pérdidas de trenes por causa de daños de bombardeos, de alarmas aéreas ,etc., llegué, pasando por Linz-Aussig-Eger, a Waldsassen, situada en el Alto Palatinado, distrito de Baviera. Habiendo visitado la magnífica iglesia de los Cistercienses, marché cuesta arriba los seis kilómetros hasta Konnersreuth.

El jueves 12 de octubre de 1944 a las 4 de la tarde aproximadamente, me encontré delante de la casa del Cura Párroco. A pesar de un letrero a la entrada, que indicaba que no se admitían visitas a esa hora, logré al instante ser recibido en audiencia por D. José Naber, Cura Párroco de ese pueblo. Mi primera impresión

de él era la misma que en todos los coloquios siguientes, inmejorable. Anciano, hacía 36 años que estaba en este sitio, pero de inteligencia todavía muy viva, reposado, de trato amable y afectuoso, representaba un hombre de bien, de miras positivas, realista, sin ninguna mezcla de misticismo, confusionismo, ni nada por el estilo.

Vencidas algunas dudas, me prometió por fin hacer una excepción e interceder a fin de que Teresa Neumann me concediera una entrevista. Me previno también que había de tener un poco de paciencia, pues, probablemente tendría que esperar una hora por lo menos, ya que era generalmente bastante difícil encontrar a Teresa, la cual gustaba ocultarse, sin recibir a nadie. Mas apenas había esperado unos diez minutos en el despacho, cuando se abrió la puerta, presentándose delante mío Teresa Neumann. Estaba por visitar a su hermana la cual desempeña el oficio de ama de llaves en la casa del Cura. Me contó luego esta última que Teresa, después de unos momentos de vacilación, había abandonado de repente su reserva habitual, siguiéndole al despacho. Al poco tiempo el Sr. Cura nos dejó solos, de suerte que pude hablar pausadamente con ella durante tres cuartos de hora, más o menos.

Conforme a mi taciturnidad habitual no le hice preguntas, tal vez porque al principio me emocionaba demasiado el hecho de que me fuera dado estar tan cerca de este "fenómeno de fama mundial", de estar sentado frente a ella, separado sólo por la mesa. En su dialecto del Alto Palatinado, difícil de comprender, Teresa Neumann me contó de un accidente que había sufrido el otro día, es decir, el miércoles 11 de octubre de 1944. Ya me había informado del suceso, en breves palabras, el Sr. Cura. Era la ocupación predilecta de Teresa adornar para el día de la Adoración el Altar de la iglesia, situada entre su casa y la del Cura. Ocupada ella en este trabajo, volcóse una tabla, cayendo Teresa del andamio con el cuerpo sobre la mano, y chocando con la nuca contra el piso embaldosado. Aturdimiento, náuseas, mareo, hinchazón y entorpecimiento doloroso de la mano eran las consecuencias que todavía duraban el día de mi visita. Por eso D. José Naber, el Cura, me propuso que revisara a Teresa para saber si acaso se habían de temer consecuencias más graves de la conmoción cerebral, que, aunque ligera, había sufrido visiblemente. Del reconocimiento, en el cual ella consintió inmediatamente, resultó sólo la sospecha de una ligera fractura al final del radio derecho, y además la ocasión rara y oportuna de poder examinar el físico de este caso singular, sobre todo los famosos y tantas veces descritos estigmas en las ma-

nos y en los pies. Estos estigmas de ambas manos, generalmente cubiertos de guantes sin dedos, se encuentran encima del tercer hueso del metacarpo y son en su parte interior más pequeños que en la parte exterior, la cual tiene dos centímetros de largo y un centímetro de ancho; los estigmas son delimitados rectangularmente y cubiertos de un cutis muy fino y transparente.

La conducta de Teresa Neumann era perfectamente normal; uno se queda casi dudando si está frente a una campesina o más bien a una agricultora acomodada, es decir, que es enérgica, clara, casi impulsiva en su primitiva manera de hablar. Su figura hue-suda como unos 1.75 m. de alta, con tez sana y manos fuertes.

Un pañuelo negro no dejaba ver más que, aparte del rostro bien proporcionado, un copete de cabello encanecido. Una chaqueta negra que cubría los hombros anchos y las caderas, los dichos guantes negros de punto, una falda oscura, creo que también un delantal negro, además medias y zapatos negros, completaban sus vestidos. En ninguno de sus modales y mucho menos en sus palabras se notaba ni la más mínima excitación ni afectación, como tampoco se observaban las más remotas señales de coquetería o de "histerismo". En resumen, parece una aldeana simple, natural, hasta casi corta de luces, pero de sentido común, que habría desilusionado en el primer momento (yo al menos me había imaginado otra Teresa Neumann) sino hubiera sido por sus ojos profundos e interesantes que me observaban atentamente por algunos instantes, dando a conocer que bajo las apariencias insignificantes de su manera de ser, latía algo más, algo especial, que la diferenciaba mucho de su hermana de sangre. Esta me había abierto la puerta poco antes, después de haber llamado dos veces; en el rostro, no obstante, así como en la constitución física, las dos hermanas se asemejaban bastante.

La conversación a solas que no duró más que unos cuarenta minutos, versaba principalmente sobre asuntos de la medicina popular. Teresa Neumann atiende diariamente de unos diez a veinte clientes, grandes y pequeños, los cuales, por falta de un médico en las cercanías, la consultan para sus menudas dolencias, y son atendidos con ungüentos o, cuando se trata de enfermedades internas, con infusiones de yerbas medicinales. Externamente ella usa el bálsamo del Perú y sobre todo el extracto de las copas de los abetos (por eso llaman a esta droga en el dialecto de allí "agua cimita"). Otro regionalismo muy usado por Teresa es la expresión "Puzzl", que quiere decir: niño. Por eso, ella habla también de "María con el puzzl"... Y se interesaba vivamente en cuanto a

mis "Puzzles", (mis hijos). Seis no le parecían a ella gran cosa, siendo diez los que tenían sus padres, de los cuales era ella la mayor. El segundo día me fueron presentados dos nietos y una nieta, hijos de una hermana suya. Los dos nietos, aunque poco parecidos entre sí, eran gemelos. Satisfaciendo el deseo de los abuelos de examinar a uno de los nietos, Konrad Hertl, como médico de enfermedades nerviosas, y efectuándose el reconocimiento en la habitación de ellos, o sea en la que entonces fué la sastrería, tuve ocasión de observar durante la conversación de media hora, discretamente y sin ser molestado por nadie, a los padres de Teresa Neumann. Era muy adecuada a su manera de ser, en el silencio retirado de su sencilla habitación, en una casita de un solo piso con paredes muy irregulares, pintada de amarillo y situada en medio pueblo. Todo ello era muy distinto de aquellos tiempos que habían traído un gentío de dos mil visitantes al día.

Viernes 13 de Octubre de 1944, en Konnersreuth...

Según la propuesta del Cura D. José Naber, Teresa Neumann me permitió visitarla a las nueve y media de la mañana en su cuarto dormitorio en la casita de los Neumann, a fin de presenciar sus éxtasis, acompañados de hemorragias. Sabido es que éstos aparecen el Viernes solamente, pero no todos los Viernes, y generalmente durante ciertas estaciones del año eclesiástico. Suelen comenzar en la noche del Jueves al Viernes, poco antes de medianoche; así ocurrió también hoy. Puntualmente a la hora fijada nos dejaron entrar, y D. José Naber nos condujo al primer piso. Ahora empezó el acontecimiento del cual no tengo reparos en considerarlo bajo el punto de vista del médico, como el más grande de mi vida, y eso a pesar de mis experiencias, que en una extensión extraordinaria me procuraron: tanto mis oficios como médico de barco en ultramar, como los de médico militar en la segunda guerra mundial, en la cual participé, a lo largo de toda su duración, en los más diversos puntos del frente. Hasta hoy día estoy bajo la impresión de este acontecimiento transcendental.

Una de las dos ventanas del cuarto grande estaba medio oscurecida. En la esquina izquierda estaba el lecho alto con ropa de cama blanca. Y en el lecho un ser, medio sentado, con una chaqueta de cama blanca, la cabeza cubierta con un pañuelo blanco. En cuanto al cuerpo, en el primer momento no se veía más que manos blancas con manchas rojas en cada dorso, y además la cara.

¡Pero, qué cara! Pálida, hundida, la nariz color de cera y saliente agudamente, igual que la mandíbula; en fin, la cara de una moribunda, o, por lo menos, de una mujer enferma mucho tiempo ha. De la parte de los ojos hasta la quijada deslizábase un coágulo de sangre de unos cinco centímetros de largo, y reduciéndose hacia abajo, manchando la sábana, el pañuelo, y las mangas. La sangre saliendo de los ojos era de un rojo oscuro, listado y algo seco. Estando al lado de la puerta, distante unos tres metros de la cama, miraba yo fijamente la cabeza de la sin duda gravemente enferma, en la cual difícilmente podía reconocerse a la simple pero sana Teresa Neumann del otro día. En su visión de la Pasión acababa de ver la primera caída de Jesucristo, presenciando la segunda mientras yo la estaba observando. Muchas veces su visión era tan violenta, que Teresa se incorporó, doblando los brazos con un ademán de belleza y gracia perfecta, que con tal dulzura se encuentra sólo en los movimientos de las mujeres japonesas, pero que nunca me hubiera esperado encontrar en una persona rústica y hasta grosera, cual era la Teresa Neumann del día pasado.

Exhalaba ella repetidos gemidos, y murmurando palabras incoherentes en una mezcla de su dialecto, que este día me sonaba más ininteligible todavía, aunque se parece bastante al de la Alta Austria, vecina de mi país natal, y de fragmentos de frases pronunciadas en un idioma extranjero que D. José Naber, a base de varios informes de filólogos competentes, declaró como Arameo. Sabido es que el Arameo era el dialecto Hebreo que se hablaba en la Palestina de los tiempos de Jesucristo.

El Cura calificaba a Teresa de "completamente ciega", impresión que yo también tuve al instante. Sus ojos miraban generalmente en dirección fija o sobre la cama o si no a la derecha, hacia el tapiz. Nada más se oía en el cuarto que el bullicio incesante de más de una docena de pájaros que gorjeaban en una jaula grande, empotrada en la pared, frente a la cama y bañada en la luz que penetraba desde arriba. Enfrente de la puerta había un bonito altar, estilo barroco.

Ahora los demás visitantes tuvieron que salir del cuarto, en tanto que el Cura me hacía seña de acercarme más al lecho y tomar la mano izquierda de la enferma. Los estigmas de ambas manos no echaban sangre por esta vez, pero se notaban más que ayer por causa de la palidez del cutis. Interrogada por el Cura si yo había estado ya antes junto a la cama, Teresa lo negó, admitiendo al mismo tiempo haber ya hablado conmigo en otra ocasión. Si-

guió, medio interrogada por Dr José Naber, medio espontáneamente; dando una información de carácter privado, la cual se refería a mis familiares. Entre cada respuesta hubo un intervalo de unos tres minutos, tiempo durante el cual Teresa presenciaba otra fase de la Pasión, sufriendo mucho y expresando sus dolores verbalmente. Luego me incliné hasta unos veinte centímetros sobre su rostro para examinar lo más exactamente posible el coágulo de sangre y, ante todo, su origen probable. Parecía que la sangre salía de las arrugas de las mejillas, aunque no había ningún punto que echara sangre realmente. Parecía un verdadero llorar o bien sudar de sangre, algo parecido a las infiltraciones de sangre cuando se opera en una caverna cerebral deteriorada, pero más lentas y más difusas todavía. Marchándome a las diez y cuarto de la mañana aproximadamente, Teresa dijo en su manera un poco incoherente: "Es preciso rezar mucho para soportar lo difícil".

Fué escrita esta acta de memoria, antes de emprender un estudio exacto de la literatura publicada sobre Konnersreuth. Este estudio no pudo hacerse en mi país antes de terminar la guerra. Resultó luego de los relatos escritos por otros visitantes en tiempos precedentes, que sólo se habían producido alteraciones insignificantes desde entonces. A pesar de que desde las últimas accesibles publicaciones sobre Konnersreuth han transcurrido ocho años, ninguna parte integrante ha cambiado en lo que toca a los síntomas. ¡Isla de paz en medio de los transtornos sangrientos del mundo entero! Según informes de los que visitaron Konnersreuth recientemente (septiembre de 1945), todo lo de allí ha quedado lo mismo, también terminada la guerra. En el transcurso de la "defensa hasta el último hombre..." (abril de 1945), la artillería de la SS también puso su batería contra Konnersreuth, infligiendo daños ligeros a la casita de los Neumann.

En los acontecimientos de la mañana del viernes 13 de octubre de 1944, fué extraordinario, aunque no sin precedente, el que faltaran las escenas de muerte. Según el Cura, las visiones de Teresa habían terminado antes de tiempo. También faltó esta vez la corona de espinas, es decir, el sangrar de una corona de heridas que en este estado cubren la cabeza, evitando sólo, pero siempre, la frente. La falta de estos síntomas fué interpretada como consecuencia de la grave caída sobre la nuca, tanto más, cuanto que Teresa repetidas veces había quedado libre de todo el sufrimiento del Viernes, cuando, por causa de otra enfermedad pasajera, tenía que estar en la cama. Este Viernes, durante mi presencia, Teresa sufrió dolores en la muñeca muy hinchada desde hacía dos

días, por consecuencia de la caída sufrida. Pero en sus visiones ella aparentemente no recordaba este hecho, porque a la pregunta del Cura por la causa de los dolores del radio, contestó: "No lo sé..."

Al mediodía conversé con D. José Naber por espacio de una hora o poco menos. Me contó que Teresa Neumann había tenido por la mañana del 13 de octubre de 1944, una visión del actual Papa Pío XII, según la cual éste estaba sufriendo una grave enfermedad del estómago e hígado. (Investigaciones que hice privadamente más tarde, sólo probaron que efectivamente el Papa había sido atacado de una enfermedad pasajera en aquel tiempo; pero hasta hoy día las circunstancias generales me imposibilitaron obtener detalles más exactos). También me mostró el Cura la ropa blanca que Teresa había llevado durante una visión del Viernes Santo. Como es sabido, Teresa presencia en visión intuitiva, una vez al año, la flagelación y coronación de espinas. Esta visión es seguida por la apertura de los estigmas de manos y pies y del costado izquierdo, el llorar sangre, etc. Ví el pañuelo con las manchas de sangre correspondientes a la corona de espinas, además de un tapón de gasa, manchada de sangre cuajada del costado izquierdo —formando esta porción de sangre un vaciado exacto de una herida de las vísceras, y teniendo unos cinco centímetros de ancho. La chaqueta de dormir cerrada hasta el cuello y llegando hasta las caderas, mostraba, sobre todo en los puños, como señales de las heridas sangrientas de las manos, o como huellas de la flagelación experimentada, manchas de sangre, grandes como la palma de una mano pequeña, ribeteadas y de color pardo.

Naturalmente no observé nada del fenómeno más notable, es decir, la falta absoluta de nutrición y de bebida (excepto unos centímetros cúbicos para deglutir la Hostia) hace ya 18 años. Aunque este hecho sobrenatural representa algo "negativo" que no se puede examinar en una sola y breve consulta, *la personalidad y todo el ambiente de Teersa Neumann no me dejan dudar ni en lo más mínimo de la autenticidad de la falta de nutrición y bebida.* Conforme a esto, tampoco hay excreciones, ni orina, ni deposición, etc.

En Waldsassen, lugar más próximo y de mayor importancia, el médico de cabecera de la familia Neumann, radicado allí desde hace decenios, me permitió examinar los diagnósticos y las fotografías originales, entre ellas también las de la herida del costado. Por desgracia no hay diagnósticos de la primera enfermedad que Teresa sufrió al final de la primera guerra mundial; no se hicie-

ron ni reconocimientos neurológicos, ni radiografías. En cuanto a la neurosis de muchos años de duración, hay sólo suposiciones posibles, (¿luxación vertebral o fractura o hernia pulposa?). Sobre aquella época de veinticinco años atrás no existe más que una breve correspondencia: ¡póliza de accidente o de invalidez! Pero el Dr. O. Seidl, es un médico que sobresale con mucho sobre el promedio de sus colegas de profesión en esas aldeas. Esto lo comprueba su copiosa biblioteca que contiene ante todo libros de Teología e Historia del arte, y lo pude comprobar yo mismo durante una conversación bastante prolongada con este colega, ocupado hace decenios en problemas "para-psicológicos".

Así, por ejemplo, había él posibilitado una operación abdominal en hignosis, no siendo aplicable una narcosis de éter, y no habiéndose descubierto todavía las otras anestesis modernas (anestesia local, intravenosa, espinal y rectal).

Parece ser muy característico para la psicología de Teresa Neumann en estado normal, que ella conforme a su disposición activa y enérgica, puede entusiasmarse por una vocación parecida a la de Juana de Arco, y que tiene comprensión profunda para todo lo que es lucha noble y leal. Resulta de todo eso que su manera de ser, en su estructura esencial, no sea contemplativa. Aunque no le convenga a ella la vida contemplativa que le han impuesto su enfermedad anterior y las circunstancias extraordinarias de ahora, renuncia a una actividad misionera y se somete a su destino; pues nunca recibió órdenes de carácter belicoso en sus visiones, las cuales, por eso mismo, no pueden calificarse de autosugestiones, lo que no explicaría tampoco el origen de los estigmas en tal forma, tamaño y configuración. Pues lo que puede resultar en el caso de una hipnosis o autosugestión de personas v. gr. histéricas, tiene un aspecto completamente distinto, lo mismo cierta clase de heridas producidas por continua mutilación voluntaria. Cuando en Viena por causa de la gran miseria que allí reinaba durante la post-guerra, después de la primera guerra mundial, el estar enfermo significaba la estancia en el hospital, protección contra hambre y frío, refugio apetecido por todos los que estaban sin trabajo, al médico encargado de examinar todos estos "casos", lo mismo que al médico militar durante la segunda guerra mundial, se ofreció el más amplio material de enseñanza, sobre todo en lo que toca a simulaciones y engaños. No puede hablarse de nada de eso en el caso de los estigmas de Teresa Neumann, pues muestran dos diferencias decisivas: *no se curan, pero tampoco supuran*, aunque no se los cuide antisépti-

camente de modo alguno; y por otra parte no dejan reconocer ningún indicio de manipulaciones o mutilaciones voluntarias.

Del mismo modo no son de tal índole las heridas en las manos de un artista de circo, al cual yo conozco, el que noche tras noche se dejaba clavar las manos sobre una tabla, bajo condiciones antisépticas. Aquel artista, dicho sea de paso, era capaz de regular la (verdad que insignificante) hemorragia a su albedrío, perteneciendo a esa rara clase de seres humanos en Europa, que ejercen influencia arbitraria sobre el ritmo de las palpitaciones cardíacas, o sea, sobre el pulso.

También es equivocada la explicación que quiere identificar el verdadero sudor de sangre de Teresa Neumann con el llamado "sudor indicán" y con otras cosas por el estilo. Uno de mis colegas de profesión en Viena, al cual conozco años ha, posee esta cualidad. Pero también en tal caso todo es de un carácter esencialmente distinto, y la sangre tiene el aspecto de tinta roja muy diluída. Prescindiendo del distinto repartimiento local, el líquido exudado siempre se ha comprobado como colorante conocido, mientras que el de Teresa Neumann siempre es sangre auténtica.

¡Cuántas tentativas no se hicieron por abrir una brecha en la serie de hechos concordantes alrededor de Teresa. Todas ellas han quedado frustradas por la misma literatura publicada en contra de la estigmatizada. Vaya un solo ejemplo: la contracción de los pupilares en caso de incidencia de luz, lo cual, como se dice, fué examinado y constatado en el caso de Teresa Neumann hace veinticinco años, tuvo que servir de prueba de que su ceguera de entonces había sido simulada o de carácter histérico. ¡Cuánto mal no se ha hecho, aun durante la primera guerra mundial, a los pobres lesionados del cerebro, como también a Teresa Neumann, con esa doctrina tan anticuada como falsa! Hoy se conoce perfectamente la *ceguera central* que está *orgánicamente determinada*, y en la cual se conserva el reflejo pupilar bajo la incidencia de la luz.

No representa el caso de Konnersreuth nada de nuevo en la multitud de personas auténticamente estigmatizadas o agraciadas con otros dones sobrenaturales. Se sabe de trecientas personas más o menos, cuarenta de las cuales son hombres, la mayoría procedentes de países latinos, encabezando la serie San Francisco de Asís en el siglo XIII. Por lo demás, tales casos existen únicamente en la Iglesia Católica, tanto la Romana como (raras veces) la de Rito Oriental. Tal vez por ser mejor examinado, el caso de Konnersreuth sea el más famoso, al menos en los países de habla

alemana; pero no es de ninguna manera el único, sino nada más que un eslabón en la serie históricamente comprobada que a continuación transcribimos, y la cual no habrá terminado, probablemente, con Teresa Neumann.

Ana Catarina EMMERICH, nacida en 1776, en Duermen, Alemania occidental	estigmatizada 1798	fallecida 1824
Margareta GSCHIRR, nacida 1798 en Stei- nach, Brenner, Austria	1824 agraciada místicamente 1834 estigmatizada	1869
Victoria HOECHT, nacida 1840 en Wolper- swende en Wuertemberg	1869	1890
Bárbara PFISTER, nacida 1867, en Wat- tenheim en el Palatinado, Alemania ...	1890	1909
Ana SHAEFFER, nacida 1882 en Mindels- tetten, Baviera	1909	1925
Teresa NEUMANN, nacida 1898 en Kon- nersreuth, Baviera	1926	viviente

Estos datos se deben al Sr. H. P. von Lama, Innsbruck.

De parte de la ciencia médica, el diagnóstico fué en todos los casos el mismo: histeria o fraude. Pudiéndose descubrir y excluir fácilmente este último, el diagnóstico equivocado que decía: Histeria, se mantenía generalmente por más tiempo por lo menos tratándose de médicos de orientación materialista. ¿Cómo se explica ésto? Los síntomas son parecidos, más no los mismos, según y conforme se trate de acontecimientos naturales (la histeria, por ejemplo), o sobrenaturales. El “instrumento de éxito”, el cuerpo humano, el espíritu humano, son los mismos, la fase final es la misma en ambos casos; *PERO NO EL ORIGEN*. He aquí una diferencia que no se manifiesta tan fácilmente a cualquiera.

“¡En eso reconozco a su señoría docto!

Lo que no palpáis, está lejísimo;

Lo que no está a vuestro alcance, falta por completo;

Lo que no calculáis, nunca será verdad;

Lo que no pesáis, está sin peso;

Lo que no amonedáis, no tiene, según creéis, valor alguno”.

(Goethe, Fausto, II)

¿Qué, pues, puede decirse sobre Teresa Neumann y los síntomas extraordinarios que en ella se observan, resumiendo el punto de vista científico? Es bastante poco:

- 1º No es una enfermedad, por eso no es histeria.
- 2º No es fraude.
- 3º Sus otras enfermedades (p. ej. inflamaciones de la garganta, etc.) no tienen nada que ver con lo extraordinario, más son algo natural, lo mismo que su primera enfermedad (parálisis, etc.), cuyo diagnóstico no está del todo determinado, aunque sí lo son los síntomas, si bien no completamente. En todo caso estos síntomas orgánicos eran tan graves y son tan auténticos, que su cura repentina, que es verídica, no es explicable científicamente, ni de manera natural.
- 4º ¿Qué puede, pues, hacerse de parte del médico para transformar estas comprobaciones negativas en algo positivo? Nada.
Pues así como no tendría ningún sentido escudriñar la profunda impresión que ejerce una cantata de Bach sobre el auditorio, por medio de un cálculo de los números oscilatorios producidos por los sonidos, de la misma manera parece inútil pretender investigar las causas de todos aquellos fenómenos por medio de exámenes clínicos, aunque sean lo más artificiosamente aplicados a Teresa Neumann; es que todo eso se mueve sobre un plano completamente distinto del que conoce la medicina, al menos la de nuestros días. En consecuencia, esta ciencia no puede en este caso *explicar*, SINO SOLO DESCRIBIR.
- 5º Aunque no será posible llegar a una "etiología" de los síntomas, es preciso completar los existentes diagnósticos que se hicieron hace años. Sobre todo deberían hacerse radiografías y nuevos exámenes en cuanto a la falta de nutrición y al funcionamiento del metabolismo. Los resultados sólo pueden obtenerse debidamente en un hospital. Como control facultativo debería constituirse una comisión internacional de expertos, perteneciendo los integrantes a campos ideológicamente distintos, vigilando de cerca el uno al otro, como si se tratara del caso de un potentado.
- 6º El juicio imparcial de esta comisión de médicos deberá convencer al escéptico más obstinado frente a lo sobrenatural de los síntomas de Teresa Neumann, supuesto, claro está, que este escéptico *quiera* dejarse convencer, y no prefiera, por

miedo a las consecuencias posibles y, por cierto, enormes, cerrar los ojos a la verdad.

- 7º Como quiera que ni a la palabra escrita ni a la pronunciada, ni tampoco a la fotografía, la película o el disco es posible reproducir ese "algo" que forma parte integrante de los acontecimientos en Konnersreuth (por ventura sólo el pincel de un artista intuitivo, el poder del lenguaje de un Nietzsche, unido a la profunda inteligencia que tenía un Goethe para los secretos de la naturaleza, serían capaces de interpretarlo), solamente el contacto *personal* con Teresa Neumann podrá dar una idea justa de lo grande que allí se realiza. Doy gracias al destino que me permitió experimentarlo, sobre todo — como médico.

D r. H U B E R T J. U R B A N

Profesor y Director de la Clínica Psiconeurológica en Innsbruck (Austria); Miembro correspondiente de las "Society of British Neurological Surgeons", "Société de Neuralgie de París", "Gesellschaft der Aerzte in Wien".